

## «La herida en la tierra»

Fue clavar la lampa en la arena y temer que aquel sonido rasgado pudiera escucharse en los últimos confines del desierto. Sospechaba incluso de los algarrobos, que pudieran pasarse la voz de unos a otros, «oye, escucha, José está cavando una fosa», hasta que alguien pudiera comprender que aquellos ruidos eran algo más que los chirridos de sus ramas y entendiera las claves de un mensaje cifrado por el viento.

Dejó la lampa ahí, clavada, como para que no se olvidara de lo que estaba haciendo cuando regresara, y se fue para la casa. Antes de entrar tomó un balde vacío y viejo, que lucía una etiqueta a medio quitar de una marca de aceite que ya no se encontraba en las bodegas. Pronto regresó a la lampa, con el cubo lleno de agua, y lo echó todo, como si esperara que la lampa creciera, a la manera de una planta rastrera por cuyo tallo pudiera marcharse lejos de allá. La arena pronto enmudeció con el agua, sus sonidos surgían ahora ahogados y quietos, y hasta podía escuchar el ruido suave de las sombras de los árboles contra el suelo y el rumor de los pasillos llenos de lamentos que llegaba desde el campamento minero, mezclado con el del motor de un viejo generador eléctrico a kerosene.

Un pensamiento súbito, como un relámpago, le hizo entender que era mejor así, enterrado todo junto. Volvió a la parte trasera de la casa, donde sobresalía una pequeña lomita y comprobó que había tomado la mejor decisión. Ahí era, ahí había enterrado a la perra y a todo lo demás, tan cerca de donde Aurelio la había matado de un machetazo en el cuello, cuando llegó preguntando por Isabel. Dejó la lampa y pensó que no había por qué seguir enterrando cosas. No pudo evitar una sonrisa que no venía a cuento aquella noche, hija de sus silencios y esclava de sus miedos. Una breve carcajada hizo temblar la sábana que hacía las veces de puerta de su casita de adobe, cuando recordó la cara de susto de Aurelio al encontrarlo ahí, cavando la fosa para enterrar la perra que él se había atrevido a matar horas antes, aprovechando su ausencia. Quizás por eso no se acercó más cuando llegó, sino que prefirió hablarle a la distancia.

–¿Qué haces, compadre?, ¿buscando oro?

José no respondió a la voz que le atacaba por la espalda. No quería verlo, pero sabía de quién se trataba. La voz seguiría ahí, tras él, y un cosquilleo le atacó desde la punta de las orejas hasta el final de la espalda. Soltó la lampa, pero no se giró.

–El campamento está muy cerca, las minas también, –seguía diciendo la voz–, pero no creo que acá encuentres nada más que tierra y algarrobas podridas, –y la voz escupió en el suelo.

Aquella voz llegaba rajada hasta él, quizás por el cañazo con que desayunaba todos los días, antes de comenzar la faena de pesar las pepitas que se encontraban en la mina. José temía que no fuera solo por el cañazo. No sabía por qué tenía la sensación de que a aquella voz le faltaba algo, como si estuviera incompleta; algo que antes tenía y que en un determinado momento su dueño se dejó arrebatar. Eso no solo lo pensaba entonces; lo llevaba pensando semanas, quizás meses. Notó que la voz daba unos pasos hacia atrás y se alejaba, no mucho. La lampa permanecía clavada, él seguía mirando a la perra, muerta, apretando los dientes. La voz se sentó en el algarrobo echado de viejo, cuyo tronco pelado hacía de banca improvisada en donde a él le gustaba descansar cuando se acababa el día, haciendo recuento de cómo había marchado todo, fumándose el cigarro cotidiano y hablando con Marcela, que lo esperaba en la cama, o con su hija Isabel.

Siguió cavando, bien hondo, para que entrara la perra. No pensaba darse la vuelta. Conocía de sobra lo que la voz estaba haciendo, esperando a su hija. No era la primera vez, aunque sí la primera que lo hacía delante de él.

–¿Y sabes dónde se ha metido tu hija?

José escuchó de nuevo la voz, tan distinta de cómo sonaba apenas hacía medio año, cuando Aurelio fue capaz de ponerles a todos de acuerdo en cuanto llegaron los gringos e instalaron su campamento. Recordaba que desde ese mismo algarrobo alentó a todos a tomar de nuevo los machetes y los rifles que el gobierno les había prestado cuando los terrucos anduvieron por allá. «Ya saben qué quieren hacer con esto», les decía, mirándolos a los ojos. Lo veían enorme sobre ese

tronco seco. Por días él mismo no pudo sentarse, temiendo profanar el lugar desde el cual su voz había podido unir a todos como no había ocurrido nunca. «Esos gringos han encontrado oro y se lo quieren llevar todito», les decía, una y otra vez, «y cuando se vayan no nos dejarán más nada que la arena sucia», y eso lo decía con una voz tan baja que hasta el zumbido de los zancudos impedía que aquellas palabras les llegaran con claridad. «Nuestras tierras no valdrán nada, menos que nada, estarán envenenadas», seguía diciendo.

A cada frase que su memoria rescataba José daba un nuevo rasguño a la tierra. A cualquiera que pasara por ahí la fosa le parecería demasiado grande para aquella perra tan flaca y chiquita, que dejó de crecer antes de tiempo de purita desnutrida que estaba.

—¿No me vas a decir dónde está tu hija?

Un día José llegó a casa después de recoger los chivos y las ovejas. Se acercaba la noche y no había agua en la casa. Desde dentro le llegaron las risas de una mujer, alentadas por los susurros de un hombre, cuyo timbre le resultaba conocido. Al salir se asustó de ver a Isabel montada en su caballo, inconscientemente feliz. Aquellas noches no pudo dormir, pensando que ya no reconocía la voz de su hija, que la había sentido cálida, cuajada como la de una mujer ya hecha, que ya no era la niña que jugaba a hacerle las trenzas a su madre, que la esperaba todos los días en la cama, a la vuelta del colegio. «Y cuiden de sus hijos. Si no hacemos nada por evitarlo, morirán envenenados por las aguas de la mina. Los corderos nacerán muertos y nuestros hijos también». Siempre quedó honrado de que aquella reunión se hiciera al lado de su casa, todos a la sombra de aquel algarrobo cuyas ramas ahora le impedían ver la luna. Todo el mundo recordaría aquel día, y los siguientes, como una hazaña que había marcado sus vidas para siempre. Cuando se murieran y vieran clarito toda su vida, esos días, el polvo que las camionetas blancas de los gringos dejaron en su huida por los caminos, esa quizás fuera la última imagen que les quedara impresa en sus ojos, mientras ellos mantenían sus rifles en alto, sobre los troncos que habían servido de barricadas para impedir la llegada de más gente al campamento minero que recién se estaba instalando. Recordó alucinado el

helicóptero estrellado en el suelo, de una sola pedrada, como un pájaro borracho, mostrando que no era sino un purito amasijo de fierros de colores; cómo los gringos se quedaron sin qué comer ni qué beber y cómo tuvieron que pedir que alguien les hiciera llegar nuevas llantas para sus carros, porque las que tenían, reventadas, no servían siquiera ni para emprender la huida.

De vez en cuando paraba, dejando la lampa siempre clavada en la tierra. Se secaba el sudor con la manga de la camisa y miraba a la casa, de reojo, de la cual splo llegaba el silencio contenido, pero nunca giraba la cabeza del todo. Aurelio se daría cuenta, seguro que hacía apuestas consigo mismo para ver cuánto más duraba todo aquello. Después de los gringos llegarían los militares. Fueron casa por casa. Querían recoger los rifles que habían donado a los ronderos en la época de los terrucos, pero no encontraron ninguno. Ellos ya sabían a qué venían, y en cuanto llegaron los primeros empezaron a enterrar sus armas, o a dárselas a Aurelio, que les había asegurado que conocía un lugar en el que nadie las podría encontrar.

Un silbido desganado comenzó a sonar a su espalda, haciendo sin querer un dúo con el viento que levantaba el polvo de los alrededores y despertaba los algarrobos, que pronto empezarían a gemir, moviendo vacilantes las ramas más viejas, reseca. Hacía tiempo que no llovía. Un año o dos, quizás. La última fue cuando Isabel todavía iba al colegio todos los días, antes de que Marcela se enfermara para siempre. Después empezó a faltar. La madre no podía quedarse sola, los animales tampoco y había que ir por agua todos los días a quebradas cada vez más alejadas. Llovió y por meses tuvieron agua bien cerquita, al otro lado de la loma grande, donde ahora quedaba el campamento. Isabel llegó un día del colegio pidiendo piedras de distintas formas y colores. José no entendía para qué el profesor se empeñaba en que todos los niños llevaran al colegio cinco piedras diferentes. Era absurdo, una feria de piedrecitas. Allí, donde la casa, todo era arena, pero en la quebrada que se formaba al otro lado de la loma el agua llegaba con fuerza, arrastrando troncos, lagartijas muertas y limpiando todo aquello hasta mostrar un fondo de rocas enormes. Los dos fueron allá, y mientras los animales bebían, buscaron las cinco piedras de distintas formas, tamaños

y colores. Una era negra, otra blanca, otra ploma, una marrón y otra rojiza. «Parece oro», comentó ella, y la fue enseñando a todos de camino al colegio. Por ese experimento el profesor le puso veinte en ciencias y se quedó con la piedra. «Yo le pedí un trocito, no más, papá», le dijo al regreso. La alegría por el veinte quedó borrada por la tristeza de haber perdido la piedra para siempre. «Pero el profe no me hizo caso». Luego todos se enteraron de que el profe había llevado esa piedra a San Miguel, para que la analizaran en el laboratorio de la universidad nacional. «Tranquilos, en la ciudad me han dicho que no es de oro», les comentó el profesor un día, antes de que se marchara sin avisar, dejando a los niños solos en la escuela por lo que quedaba de curso.

Año y medio después el profesor regresó con los gringos y fue de frente a su casa. José no estaba allí. Había ido a la ciudad para ver un asunto de límites de las tierras de la comunidad. Ahora recordaba que Aurelio no fue, sino que prefirió esperar en su casa, a que le contaran al regreso cómo les había ido. Lo encontraron limpiando su machete, como si fuera a matar un chanco o así. «¿Papá, recuerdas lo de la piedra?, acá la tienes, me la han devuelto unos gringos que llegaron acá con el profesor, cuando les enseñé dónde la habíamos encontrado».

—¿Dónde está Chabuca? ¿No me vas a decir dónde está tu hija?

Le llegó la voz algo impaciente, pero él no hacía caso, peor para él si se aburría. Él no le había invitado a su casa. Cuando se fueron los milicos con sus camionetas verdes no todos encontraron sus rifles. Muchos se quedaron sin ellos, aunque la misma voz que ahora preguntaba por su hija asegurara que ya los había devuelto todos. Con la ayuda de algunos de los suyos, Aurelio cercó el territorio que rodeaba la loma grande. Cortaron los algarrobos más viejos y fuertes para hacer una presa con la que desviar la fuerza del agua cuando lloviera. José tenía su rifle, pero no quiso preguntar por qué hacían todo aquello. Otros sí preguntaron, y les fue mal. Terminaron con un tajo en la cara o un balazo en el pie. Algunos desaparecieron y se corrió la voz de que habían conseguido trabajo en San Miguel y que se habían marchado de allá, pero nunca más se supo de ellos y nadie los volvió a ver por más que preguntar en las nuevas invasiones de esteras que

rodeaban la ciudad. Nadie más supo tampoco del profesor, aunque alguien dijo que los milicos lo encontraron muerto sobre una montaña de piedras, al lado del paradero de los carros que llevan a la ciudad. José y Marcela lamentaron lo que estaba ocurriendo. Más lo lamentó su hija, pues la próxima vez que lloviera no le bastaría con llegar a la loma grande para llegar al agua, sino que tendría que meterse más allá de los algarrobos que se veían a lo lejos.

A sus espaldas se descorchaba una botella de cañazo, y le llegaba el ruido del trago largo y ansioso. Tanto la tierra como Aurelio habían enmudecido, y él podía escuchar hasta la agitación que salía disparada de su boca al respirar. Un torrente de piedras caía por su garganta. Escupía al suelo, soltaba un carajo y seguía bebiendo, como si fuera agua. José cavaba, aunque hiciera ya mucho tiempo que la fosa era más que suficiente para la perra muerta.

–No creas que me voy a marchar sin verla.

Ahora escuchaba el sonido agudo de un machete contra la madera apretada, pétrea, del tronco echado donde la voz estaba esperando. La voz silbaba más y más fuerte, para imponerse sobre el ruido de los machetazos.

Él seguía con la lampa, cada vez más lento, aunque no estuviera cansado, guardando fuerzas para un lampazo final.

–Si te gusta jugar con la lampa te puedo alquilar un metro cuadrado, –escuchaba a sus espaldas.

Pero no le hacía caso. Era un ladrón, se había quedado con todos los rifles, y a los ladrones no se les hacía caso. Un día llegó tarde de la chacra y se encontró con que no tenía arma, porque él se la había llevado. Marcela le contó que escuchó desde el catre los pasos de dos hombres, que se habían metido hasta el fondo de la casa. Ella se hizo la dormida, pero sintió que alguien levantaba su jergón y sacaba el rifle, como si supieran dónde encontrarlo. José supo entonces que ya nadie les podía parar, que asomarse al otro lado de la loma grande era buscar la muerte y a punto estuvo de irse con Marcela y con su hija a San Miguel. Al principio tendrían una casa de esteras, como todos cuando recién llegaban, pero al menos tendrían agua. Todas sus amigas estaban allá ahora, en el

campamento. Por el día lavaban la ropa de los mineros. Cada uno tenía la suya. Después, por la tarde, les preparaban la comida y por la noche se prestaban para lo que ellos quisieran, todo eso estaba en el precio del alquiler de su lote: un metro cuadrado en el que podían cavar, los ácidos y el agua para los relaves y una chiquilla para alegrarles la vida. Ninguna tenía más de dieciséis años pero sus cuerpos estaban ya desgastados y lucían en el mercado como mujeres viejas y resabiadas, como si ya lo hubieran aprendido todo sobre la vida. Por ahora, Isabel había escapado de todo aquello. Por ahora. Se había imaginado que él caería por ahí, sus trenzas infantiles no ocultaban ya un cuerpo fresco de mujer, una voz cálida. Por eso no la estaba dejando sola, y había confiado en el carácter de miércoles de la perra desdentada para echar a cualquiera que no fuera bien recibido en aquella casa. Además, cada día debía caminar más lejos para encontrar agua para las ovejas, porque la sequía había dejado todo como quemado por allá, los árboles tenían un color de ceniza y la poca agua que había en los alrededores era también propiedad del campamento.

Aquella tarde, cuando regresó, las encontró dentro de la casa, llorando, con la perra muerta de un machetazo en el cuello, a su lado.

–Diez dólares a la semana, y la mitad de lo que saques en los primeros tres años. –Le ofrecía, a sus espaldas–. En el fondo lo hago por tu hija, se merece mucho más que una chacra de muerto de hambre y unas ovejas esmirriadas como las tuyas. A los demás les pido el doble.

Él miraba la casa, temiendo que Isabel no aguantara más, escapara de los brazos de Marcela y saliera para ofrecerse o para luchar contra él. José temía quedar como un cobarde ante ella. Si salían vivos, habría tiempo de sobra para explicarle el por qué de tanta mansedumbre. Algo se acercaba hasta ellos. Dos lampadas después pudo ver que se trataba de un güerequeque, que se quedó ahí, plantado a un lado del montón de tierra removida. La voz no perdió la oportunidad.

–Mira José, acá tienes a tu hermano, que ha venido a visitarte, –lo dijo con una seriedad falsa, detrás de la cual se engordaba una risa sorda que al final reventó en otra lluvia de piedras que caía desde su boca hasta el pecho, por el terraplén de su garganta.

Siguió cavando, sin decir nada. El güereque se marchó al fin, dejándolos solos, a la lampa y a él, con el otro detrás, bebiendo. Cada vez era más difícil encontrar uno de estos pájaros de pies planos, caminada de payaso y cara de avestruz. Quizás porque, como él, preferían no hacer nada ante el peligro, quedándose parados, estáticos. También como él, tenían la extraña idea de que sino se movían nadie repararía en ellos. Sin embargo, sabía que él espiaba cada uno de sus movimientos, silbando al ritmo del viento y de la música que llegaba desde la jarana perpetua del campamento. Escuchó unos vidrios rotos, como a dos metros de donde debería estar sentado el otro. Se le habría terminado el aguardiente y ya estaría borracho. Por eso siguió dándole con el machete al tronco. Daba igual, con un poco de suerte se cansaría, se marcharía de allá y le diría que ya volvería en otra ocasión. Desde la mina llegaba una música estridente, ruidos de caballos galopando, alguna que otra moto. Parecía que lo del oro iba en serio, porque había cambiado la vida de todos. Muchos se habían marchado a San Miguel en cuanto la mina comenzó a secar las quebradas más cercanas; otros le habían comprado un lote a Aurelio y ya apenas se dejaban ver por los caminos, con la mirada perdida y afiebrada.

Sentía que el otro se estaba impacientando de verdad. Ya no le quedaba aguardiente y, aburrido como estaba, no podía dejar de arrearle machetazos al tronco, aunque siguiendo el hilo torpe de sus pensamientos supiera que si seguía así terminaría en la tierra, con tronco y todo. Apenas veía la cabeza de José, que ya estaba al fondo de la fosa. Cualquiera diría que pensaba enterrar a alguien más que a esa perra vieja que le había mordido la mano aquella tarde.

–Si no me dices por dónde anda tu hija, yo mismo entraré en tu casa para ver si la tienes guardada. Había quedado con ella para llevármela esta noche.

José levantó la mirada y giró la cabeza por primera vez. No lo encontró en el tronco, que colgaba no más esperando el último machetazo que lo partiera definitivamente. Girando un poco más lo vio ante la cortina que cubría la entrada de la casa, de cuyo interior salía un silencio agitado, la respiración muda del miedo.

–Tú no puedes entrar en esta casa sin mi permiso. –Le había advertido José. De un salto salió a la superficie y se puso a su lado. El otro corrió por el machete, que estaba clavado en el tronco, pero no le dio tiempo a cogerlo, porque la lampa surgió brillante en la noche para clavarse en el pecho, sorprendiendo a José, que todavía se preguntaba qué estaba haciendo. Después, la hizo girar convirtiendo el tajo en un hoyo enorme, negro y muerto, sin fondo, del que más que sangre, parecía derramarse arena sucia, como un saco reventado de hollín. Lleno de miedo, concluyó que había hecho lo que debía hacer.

Un cuarto de hora después José terminó la faena, contento al comprobar lo fácil que había sido cerrar la herida abierta, dejando no más la señal de una loma chiquita y redonda, algo más grande que el tamaño de una persona. La tierra del desierto, al contrario que las personas, daba más trabajo para herir que para curar, quizás porque su sangre era de arena. En fin, lo hizo rápido, dejándose llevar por la animada música que llegaba del campamento.

A las dos semanas todo aquello dejó de existir. Nadie dijo nada, nadie preguntó, pero todos los mineros pasaron como sonámbulos por la puerta de casa, con la cara tapada tras una costra de tierra. Emilio los veía desde la puerta de su casa, a la sombra del algarrobo tutelar, con un cigarro en la boca y apoyado sobre la lampa. Algunos llevaban a sus mujeres, las que habían sido las compañeras de colegio de Isabel. Otras cruzaron más tarde, a varios metros de aquella extraña procesión, abandonadas a su suerte, con miedo de regresar a sus casas y sin otro lugar a donde ir.

Ni un mes después de aquello, cuando la lomita de aquella noche ya estaba a ras del suelo, como si la tierra hubiera olvidado ya a quién albergaba, vieron un rastro de polvo que lo cubría todo, una columna que se comenzó a alzar a la salida de San Miguel y que llegaría hasta el otro lado de la loma grande, frente a su casa. Decenas de camionetas, unas verdes y otras blancas, se acercaron de nuevo hasta allá. Del temor al terror; del miedo al pánico, y de éste a la certeza de que la tierra que pisaba ya estaba muerta. Había hecho lo que tenía que hacer, aunque no hubiera sido suficiente.

Pensó que quizás no se viviera tan mal entre cuatro esteras, allá en la ciudad, siempre y cuando hubiera agua, y lamentó que la herida abierta detrás de la loma grande fuera imposible de cerrar.